

PRIMEROS SUSCRITORES: SUS Magestades y Altezas.

AÑO III.

27 Mayo 1866.

NÚM. 21.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN VALENCIA Y MADRID. 6 rs. mes.
—18 trimestre.—34 seis meses.—66 año.

EN PROVINCIAS

SUSCRIBIÉNDOSE DIRECTAMENTE.

Tres meses, 24.—Seis, 42.—Año, 80.

—ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO-
RICO. 6 pesos año.

—AMÉRICA Y ASIA. 8 á 15 pesos año.

POR COMISIONADO.

Tres meses, 28 rs.—Seis, 46.—Año, 84.

—ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO,
RICO. 7 pesos.

—AMÉRICA Y ASIA. Un año, 9 á 14 pesos.

REDACCION.

Congregacion, 1, 2.º, Valencia.

ADMINISTRACIONES.

MADRID: Capellanes, 10, principal.

VALENCIA: Congregacion, 1, 2.º

HABANA: D. Benito G. Tanago.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Administraciones principales en Madrid,
Valencia y la Habana.

PROVINCIAS.

Casa de los corresponsales y adminis-
tradores de correos.

A los pedidos se acompañará el importe.

No se sirve suscripcion cuyo importe no
se haya satisfecho.

Los números sueltos se venden á 4 rea-
les uno.

SUMARIO.

No hay quince años feos, por D. Luis Escudero y Peroso.—
La vanidad burlada (poesia), por D. Antonia Diaz de La-

marque.—Los dos reclamos, por F. Caballero.—Las delicias,
por D. Alejandro Buchaca y Freire.—Biografía de la Spezzia,
por D. L. C.—Teatro Principal. Debut de la Sra. Spezzia y
el Sr. Aldighieri, por D. G. Flores.—La Granja del Amor (con-

clusion), por D. Pedro Moreno Villena.—Pensamientos y
máximas, por D. Jacinto Labaila.
Grabados. Un combate en Inglaterra.—Vista general de
Catana.

NO HAY QUINCE AÑOS FEOS.

En los buenos tiempos en que se entablaban li-
tigios perdurables por un quitame allá esas pajas,
conocian nuestros abuelos un medio sencillísimo
de transigirlos, que dejaba con un palmo de nari-
ces á los letrados, escribanos y procuradores, y
libre de bregar con estos á todo el que lo ponía
por obra.

Este medio tenía la autoridad de cosa juzgada,
y hacia, como dice la ley de partida, de lo negro
blanco y de lo blanco negro.

Muy oscuro, si no del todo negro, era el derecho
que tenía D. Pedro de la Romera y Alcocér para
gozar de ciertos bienes amayorzados, allá por
los años de 1821, que poseía en Valladolid, antigua
corte de nuestros monarcas, y que le disputaba
encarnizadamente un hidalgo pobre, comendador
de Santiago y primo carnal de D. Pedro. Conven-
tido éste de que la marcha lenta que llevaba el
negocio le conduciría mas tarde ó mas temprano á
su ruina, obstinábase no obstante en proseguirlo,
y se defendía bizarramente de su contrario, va-
liéndose para ello de armas legales, esto es, de
sendos pliegos de papel de *ilustre*, lustrosos ya en
fuerza de lo manoseados y leídos.

Por espacio de algunos años los dos primos,
semejantes á dos perros de presa, aun cuando sea
mala comparacion, se mordieron de lo lindo, azu-
zados por su amor propio, y mas que por este por
algunos hambrientos curiales, que veían en la du-
racion de aquel litigio un medio fácil y seguro de
sacar el vientre de mal año.

—¡Paciencia! decia el bueno de D. Pedro sa-
cando onza tras onza de sus arcas y suspirando
profundamente: ¡paciencia! Todo esto ha de tener
fin cuando el muchacho se revalide.

Y pasaban años y años, y el muchacho, que era
hijo único de D. Pedro y cursaba derecho en la
universidad de Valladolid, no se revalidaba, por-
que bajo sus bayetas de estudiante se ocultaba un
buen mozo en toda la estension de la palabra, gas-
tador, pendenciero, y mas dado á devaneos y á
correr aventuras que á quemarse las pestañas con-
sultando las Pandectas, el Digesto y las Siete Par-
tidas de D. Alonso el Sabio.

El día en que D. Pedro se convenció de que su
hijo no servía para el caso; es decir, el día en que
el mancebo recibió su sétima *calabaza* con todas
las solemnidades de costumbre, el viejo lloró, pa-
teó, y despues que hubo pateado y llorado á su
gusto, encerrado á su hijo en un oscuro aposento
y puéstole á pan y agua, mandó llamar á su abo-
gado.

—¿Cómo anda el asunto? preguntó á aquel
cuando le vió entrar en su despacho.

—El asunto va de muy mala data, Sr. D. Pe-
dro; de tan mala, ¡Dios me perdone! que creo que
los señores de la sala, al fallar en definitiva, van á
dejarnos por puertas.

—¿Luego es decir que no tengo derecho para
disfrutar de los bienes que me dejó mi padre (que
santa gloria haya), quien á su vez los heredó del
suyo, y que han venido así de padres á hijos desde
las comunidades de Castilla?

—Lo que es derecho no *nos* falta que digamos;
pero á veces, como nos sucederá ahora, la balanza

suele inclinarse del lado del que tiene menos ra-
zon, y por eso temo que los magistrados....

—Basta y sobra, señor licenciado, que por len-
guas como la de V. gozan las gentes de justicia de
tan mal concepto para el vulgo, y andan en boca
de este palabras y juicios que no son para dichos.
Si pierdo mi pleito, no será por otra causa que
porque así lo quieran la voluntad del cielo y la jus-
ticia de la tierra. ¡Ea! Vaya V. con Dios, y que no
vuelva á verle por esta casa en todos los días de
mi vida.

—Pero Sr. D. Pedro, observe V....

—Nada, nada, amigo mio; lo dicho, dicho, y la
jaca á la puerta, como dice el refran; vaya V. con
Dios, que yo quedo rogándole para que le propor-
cione á V. clientes con resignacion para aguan-
tarle y con dinero para satisfacerle.

Salió refunfuñando el letrado, y refunfuñando
quedó D. Pedro, el cual, al cabo de un rato, diri-
gióse á un estante, sacó de éste un libro de tafi-
lete encarnado con abrazaderas de oro, y sentándose
en su cómodo sillon de banquetta, lo abrió di-
ciendo:

—Será indispensable echar por otro camino,
si no quiero verme arruinado.

El libro que D. Pedro de la Romera y Alcocér
tenía entre sus manos, encerraba los blasones, las
ejecutorias y el árbol genealógico de su familia. Si
el tronco comun de las ilustres ramas de la Rome-
ra, Alcocér y Barbadillo hubiera podido ver por
un momento el torvo ceño y el irritado semblante
de su descendiente, seguro es que se habria estre-
mecido de terror en su sepulcro de la iglesia ma-
yor de Valladolid, donde reposaba hacia tres siglos.

Después que nuestro viejo hidalgo hubo consultado durante algunos minutos el árbol genealógico de sus progenitores, cogió la campanilla del escritorio, y la agitó con fuerza.

—Baltasar, dijo al criado que acudió al llamamiento; toma esta llave, abre el cuarto oscuro donde está encerrado el señorito, y dí á éste que venga al instante.

Poco después se presentó en la puerta de la habitación un gallardo mozo como de diez y ocho á veinte años, que desde el dintel preguntó con voz temblorosa y sin levantar los ojos del suelo.

—¿Llamaba V., padre?

—Sí, Carlos; entra, y siéntate, que yo te lo mando.

Carlos se aproximó á un taburete, y aguardó para sentarse á que su padre se lo ordenase de nuevo.

D. Pedro, dando á sus palabras y á su semblante toda la severidad posible, comenzó de esta manera:

—Después de lo ocurrido hoy contigo.....

—Padre, crea V. que ha sido una injusticia; el catedrático de derecho romano me tenía entre ojos, y.....

—¡Punto en boca, señor deslenguado! exclamó lleno de cólera D. Pedro: chiton, y no ofendas con tus necias palabras á hombres que peinan canas y que están revestidos de un sagrado carácter. Por una desvergüenza igual he estado á punto hace un instante de tirar por la ventana á mi abogado don Judas.

Carlos bajó la cabeza, y se llevó el pañuelo á los ojos, pues en aquella época todavía los hijos, por talluditos que fuesen, lloraban delante de sus padres, ó al menos lo fingían.

—Estoy en los últimos años de mi vida, prosiguió D. Pedro, y espuesto á morir de hambre; nuestro pleito, si no se ha perdido, se perderá, y es preciso evitar semejante desgracia por medio de una transacción honrosa. Mirando prudentemente por tu porvenir, ya que tú no has sabido aprovechar una carrera en la que podías ganar decorosamente tu vida, he pensado en casarte, y la mujer que te destino es tu prima segunda, la hija única de D. Fernando de Barbadillo é Hines-trosa.

—¡Isabel! exclamó Carlos con sorpresa y mal encubierto disgusto.

—La misma.

—¡Padre, es tan fea!

—No es una pintura como esas presumidas que traen vuelto el seso á los jóvenes, y que lo parecen por los afeites y las galas de que se cubren. Isabel es honrada, modesta, muy mujer de su casa, y si no es bonita, en cambio tiene quince años no cumplidos. Ya sabes que no hay quince años feos.

—Los de Isabel, padre.....

—En suma, fea ó bonita, es mi voluntad que te cases con ella, y te casarás, mal que te pese.

—Haré lo que su merced me ordene, contestó Carlos con humildad y besando la mano de su padre.

En aquella época el respeto filial llegaba hasta tal punto, que ningún hijo titubeaba en obedecer el acuerdo tomado por sus padres, por mas absurdo y tiránico que fuese, ni en sacrificarse por la felicidad de aquellos si era necesario. En nuestros tiempos es otra cosa: jóvenes hay, y muchos por desgracia, que puestos en la situación de Carlos, preferirían ver morir de miseria á los que les dieron el ser, antes que contraer un matrimonio á disgusto. Felizmente para estos jóvenes, los pleitos van escaseando de día en día, y no es muy común el que, para transigirlos ó terminarlos, se

acuda al medio extremo de que se valió D. Pedro de la Romera y Alcocér, para dar fin al largo y costoso litigio que venía sosteniendo con su primo carnal D. Fernando de Barbadillo é Hines-trosa.

Casáronse al fin y al postre Isabel y Carlos, y no hay para qué decir que la luna de miel no fue ni muy larga ni muy dulce para el último. Muy pronto no hizo caso maldito de su esposa, y viéndose joven, rico y buen mozo, entregóse á la vida libre y disipada que tenía cuando era estudiante. Jugaba, se embriagaba, reñía hasta con su sombra, y no había muchacha en Valladolid é la que no cortejase.

Entraba á deshora en su casa, y siempre hallaba á Isabel esperándole; á Isabel, que aun cuando fea, era para su esposo tierna, cariñosa, prudente y sufrida. Para todos cuantos la trataban pasaba aquella pobre niña por una santa y por una mártir.

Trascurrieron así nueve meses, y Dios bendijo una unión que prometía ser tan desgraciada, concediendo á los dos esposos una hija. Desde entonces Carlos varió de conducta; abandonó sus vicios, apartóse de las malas compañías, y pasaba las horas muertas en su casa sentado al lado de su mujer y teniendo sobre las rodillas á la hija de su corazón.

—¿La quieres mucho, Carlos? le preguntó Isabel una noche, señalando á la niña, que sonreía entre los brazos de su padre.

—La quiero tanto, que daría por ella mi vida: ¿y tú Isabel, la quieres?

—Estoy loca con mi niña, Carlos; es tan hermosa, y luego se te parece tanto, que es una maravilla.

—¿Qué se me parece? ¡Vaya! No digas eso ni en broma, mujer; es una estampa tuya.

—Yo soy fea, Carlos, dijo sonriéndose la joven y cariñosa madre: yo soy fea.

—Y, sin embargo, sus ojos negros son como los tuyos, su boca es pequeña, y su color sonrosado, como tu color y tu boca.

Carlos tenía razón de sobra: su hija era una estampa de Isabel, que, como todos decían, *era fea*; á pesar de esto, aquella niña que tenía los ojos, la boca y el color de su madre, parecía á Carlos un ángel bajado del cielo.

Si alguna vez, querido lector te ves obligado á casarte para transigir el pleito de familia, como sucedió á nuestro héroe, no te apesadumbres si tu mujer es fea, seguro estoy de que te parecerá muy hermosa cuando veas retratadas sus facciones en el semblante de tus hijos.

Esto sucedió á Carlos, que vivió feliz y dejó á su muerte una dilatadísima prole.

Razon, pues, tenía D. Pedro para decir á su hijo: *No hay quince años feos.*

LUIS ESCUDERO Y PEROSO.

LA VANIDAD BURLADA

I.

Un tiempo fue que arrogante
En cien conquistas, ¡oh Iberia!
Del esfuerzo de tus hijos,
Diste al mundo claras pruebas.

En entrambos hemisferios
Miraste alzada tu enseña,
Y contemplaste cual Roma
Postrada á tus pies la tierra.

Con asombro te miraron
Las naciones europeas.
¿Quién por dicha tu arrogancia
Audaz contrastar pudiera,

Si al eco de tus victorias,
Publicando tu grandeza,
Altos y preclaros reyes
Gimieron entre cadenas?

Mas la mudable fortuna
Trocóse pronto en adversa,
Y de perder tus dominios,
Sonó al fin la hora funesta.
¡Ay! que el cetro de dos mundos
Insufrible carga era
Para débiles monarcas
Enervados entre fiestas.

Y uno á uno los florones
De tu preciada diadema
Viste caer, de amargura
Y dolor el alma llena.

Los pueblos que con envidia
Tus glorias pasadas vieran,
Palmas batieron de gozo
Al ver postradas tus fuerzas.

«Saciemos todos, gritaron,
La sed de triunfos en ella:
Contra nuestro firme arrojo,
¿Quién puede ya defenderla?»

Y como buitres hambrientos
Sobre codiciada presa,
Cebáronse aquellas turbas
En tus comarcas mas bellas.

Del grande Carlos primero,
La pingüe gloriosa herencia,
Quedó desmembrada en breve
Ante la codicia agena;

Y con lejanas conquistas
Albión no satisfecha,
Quiso hasta en tu seno mismo
Clavar su garra sangrienta.

Con cien pérfidos amaños
Ganó á Gibraltar..... ¡Oh mengua!
¿Y tal padron de ignominia
En tí, ¡oh patria! se conserva?

¡Gibraltar!.... ¡Ah! plegue al cielo
Que el siglo presente vea
Sobre la cima del Calpe
Flotar la hispana bandera.

La nación de mercaderes
Su comercio, fraudulenta
Llevó audaz á tus colonias,
Burlando tu resistencia.

Y con desprecio escuchando
Tus amenazas y quejas,
Anheló que de su encono
El duro peso sintieras.

De su poderosa armada
Vernon, almirante era,
Marino asaz ambicioso,
Tipo insigne de soberbia.

Este, la vista volviendo
Hacia las costas de América,
Donde los restos guardabas
De tus pasadas grandezas.

«Volemos, gritó anhelante;
Demos al mar nuestras velas,
Que en esas distantes playas
Triunfos sin fin nos esperan.

»Dadme solo seis navíos,
Con ellos la fortaleza
Que á Porto-belo defiende,
Quedará en breve deshecha.»

Con muestras de regocijo
Oyó Albion su propuesta,
Aunque temiendo desastres
En tan arriesgada empresa.

Mas no fue así. Por desgracia,
Por imprevision ó inercia,

La plaza cayó, y cumplida,
Vióse la fatal promesa.

No hay palabras elocuentes
Que el necio orgullo pudiera
Pintar, que Vernon sentia
Al dar á Europa la vuelta.

É imaginaba insensato
Era corta recompensa
Los aplausos que su patria
Le prodigó satisfecha.

Coronas, arcos triunfales,
Tal vez alcanzar creyera.....
¡Oh, cuán misero es el hombre
Si la vanidad lo ciega!

Arrogantes las miradas
Dirigió, de nuevo inquietas,
A las hispanas colonias
Ansiando conquistas nuevas.

En el suelo americano
Alzabase rica y bella,
Siendo emporio del comercio
La occidental Cartagena.

El arrojado marino
Juzgó, que fácil le fuera,
Conquistar tan rica joya,
Y así en su patria se espresa:

«Cartagena de la India
Es del mar la mejor perla,
Como su mayor tesoro
El hispano la contempla.

»De la América del Norte,
De la del Sur, las riquezas
Que luego llegan á España,
Entre sus muros encierra.

»Plaza es fuerte, mas no importa;
Que aunque inespugnable sea
El que tomó á Porto-belo
Glorioso sabrá vencerla.

»Y por mi esfuerzo trocadas
Serán en colonia inglesa,
Esas decantadas costas
Con que se envanece Iberia.»

Dijo: con victores ciento
Acogieron sus ofertas,
Y altas naves se aprestaron
Con extraña ligereza.

Que Albion fundó entusiasta
Su esperanza mas risueña
En ver á sus pies rendida
A la inmortal Cartagena.

Así del leon altivo,
Triunfante en montes y selvas,
Si enfermo la frente dobla,
Búrlanse cobardes fieras.

Mas ¡ay! de ellas si un momento
Al aguijon de la afrenta
Recobra el rey de los bosques
Su noble altivez primera.

Entonces, digno castigo
Sabrá dar á las ofensas,
Y hará ver que aun moribundo
Sobre sus contrarios reina.

El fuerte leon hispano
Alzó su noble cabeza,
Y del leopardo atrevido
Al ver la actitud siniestra,
Rugidos lanzó indignado
Sacudiendo su melena,
Y con fiero continente
Aprestóse á la defensa.

II.

Corre el siglo diez y ocho,
Siglo fatal para España,

La occidental Cartagena
En triste angustia se halla.

Rauda á combatirla corre
La mas poderosa armada (1),
Que en sus mares contemplaron
Las costas americanas.

Vernon, de infausto recuerdo,
Es el que osado la manda:
Guerreros innumerables
Decididos lo acompañan.

Pocos son los defensores
Que tiene la triste plaza:
¿Cómo parar el torrente
Que furioso la amenaza?

Mas dos guerreros insignes
Al frente de ella se alzan;
El bravo D. Blas de Leso,
Y D. Sebastian de Eslava.

Corazones generosos
Que en amor pátrio se inflaman,
Dignos de mejores siglos,
Dignos del nombre de España,

Activos, infatigables,
Ambos en union trabajan,
Para sostener con brío
El duro golpe que aguardan.

Con su magnánimo ejemplo
Sostienen al que desmaya,
Y en el pueblo acongojado
Torna á lucir la esperanza.

»Hispanos, á sus guerreros,
Leso enardecido esclama:
«El duro instante se acerca
De probar vuestra constancia.

»¡Union! rechacemos firmes
A esas huestes, que guiadas
Por bastardas ambiciones,
Soberbias nos amenazan.

»Nuestros hogares peligran
Y nuestras familias caras,
Y su salvacion tan solo
De vuestro valor aguardan.

»Empero objeto mas grande
Nuestra firmeza reclama.....
Sí: que á lidiar nos escita
El santo amor de la patria.

»Injustos los extranjeros,
La vilipendian y ultrajan,
Y aséstanle duros golpes
Cuando indefensa la hallan.

»Valor, pues, el mundo todo
Admire en estas comarcas,
Chispas del fuego que un dia
Ardió en las huestes hispanas.

»No vacileis, compañeros,
Firmes corred á las armas;
Y aun más que nuestros hogares
Y nuestras familias caras,

Defendamos decididos
El honor de nuestra patria.»

Así dice: el pueblo todo
Repite inquieto: «A las armas,»
«Y aun más: que nuestros hogares
Y nuestras familias caras,

(1) La escuadra que al mando del almirante Vernon pasó á sitiar á Cartagena, fue, en sentir de muchos historiadores, la mas grande que hasta entonces se habia presentado en las costas de América. «Componiase, dice el P. M. Flores, de ocho navios de tres puentes, 28 de línea, 12 fragatas de 20 hasta 30 cañones, dos bombardas, algunos brulotes y 150 embarcaciones de transporte.» Constaba el ejército, segun Oliverio Goldsmith, de 15,000 hombres de mar y otros tantos de tierra. «Jamás, dice, se vió una escuadra mejor equipada, ni la nacion habia manifestado mas brillantes esperanzas.» A pesar de esto, y de las escasas tropas que habia en la plaza; que segun la relacion de Flores, ni á 5,000 hombres llegaban, el resultado fue fatal para los ingleses, y si su escuadra fue la mas fuerte que hasta entonces habia surcado los mares de Occidente, su derrota fue tambien la mas grande que presenciaron aquellas costas, y como dice el ya citado historiador inglés: «Esta funesta expedicion vino á eclipsar la gloria britana.»

Defendamos decididos
El honor de nuestra patria.»

Con ímpetu indescriptible
Los guerreros se preparan;
Los puestos de más peligro
Todos anhelantes ánsian.

Empero el prudente Leso
Y D. Sebastian de Eslava,
Unidas quieren sus fuerzas
Reconcentrar en la plaza.

Y abandonan los castillos,
Que hallándose á gran distancia,
Dividirian sin fruto
Las fuerzas con que contaban.

Ligero el inglés en tanto,
Guerreros mil desembarca,
Para que por mar y tierra
Firmes á la vez combatan.

Absorto Leso contempla
Que la formidable armada,
Amenazadora, horrible,
La entrada del puerto gana.

Y temiendo que los buques
Hispanos en poder caigan
De tan potente enemigo,
Al fuego entrega su escuadra.

Palpitante de alegría
Vernon, al verlos esclama:
«Ya al contemplarnos, humildes,
Sus corazones desmayan.....»

»Los castillos abandonan,
Los buques dan á las llamas.....
¡Buen Dios! Cartagena es nuestra
Aun antes que yo pensaba.»

Inquieto á su patria al punto,
Audaz mensage despacha,
Llevando la fausta nueva
De su victoria soñada.

Satisfecho de sí mismo
La hora del combate aguarda,
Y con creciente entusiasmo
De nuevo á los suyos habla:

«Pronto realicemos, dice,
Nuestra mas bella esperanza;
Que en esas erguidas torres
Flote la enseña britana.

»El peligro no os arredre:
¿No mirais cual se acobardan
Nuestros contrarios, y buscan
Salvacion en las murallas?

»¡A ellos, pues! sea su guarida
Contra nuestro arrojo vana,
Y de estas costas borremos
El nombre odioso de España.»

Con el mas vivo entusiasmo
Acogieron sus palabras,
Y á la vez por mar y tierra
Los fuertes muros asaltan.

No hay nada que los detenga:
Cual fieros tigres se lanzan,
Sedientos de la victoria
Que fácil imaginaban.

Mas ¡qué error! duro escarmiento
Los miseros solo alcanzan,
Y oprobio y deshonra eterna
Al ciego caudillo aguardan.

En vano su ardor redoblan;
Los hispanos los rechazan,
Que la justicia los guia,
El pátrio amor los inflama.

Y á su indomable firmeza
A poco sobre la armada,
La destruccion y la muerte
Desplegan sus negras alas.

Al ver su fatal derrota,



Un combate en Inglaterra.

Presa de terrible saña,
Ruge el furioso almirante
Ansiando tomar venganza.
Bombas mil los aires hienden,
Silvan flechas incendiarias,
Que á Cartagena destruyen
Y su triste pueblo espantan.
Mas no ceden á tal prueba,
Que allí los hijos se hallan
De los héroes inmortales
De Sagunto y de Numancia.
Y despreciando peligros
Desde las altas murallas,
Firmes el espanto siembran
Entre las filas contrarias.

De Abril la apacible luna,
Al nacer vió la esperanza
Que á tan arriesgada empresa
Al vano insular guiaba;
Y ya menguante, entregado
Lo ve á su impotente rábía,
Al contemplar abatida
La altiva enseña britana.
Cadáveres infinitos
Muerden el polvo en la playa,
Cubren los rotos bageles,

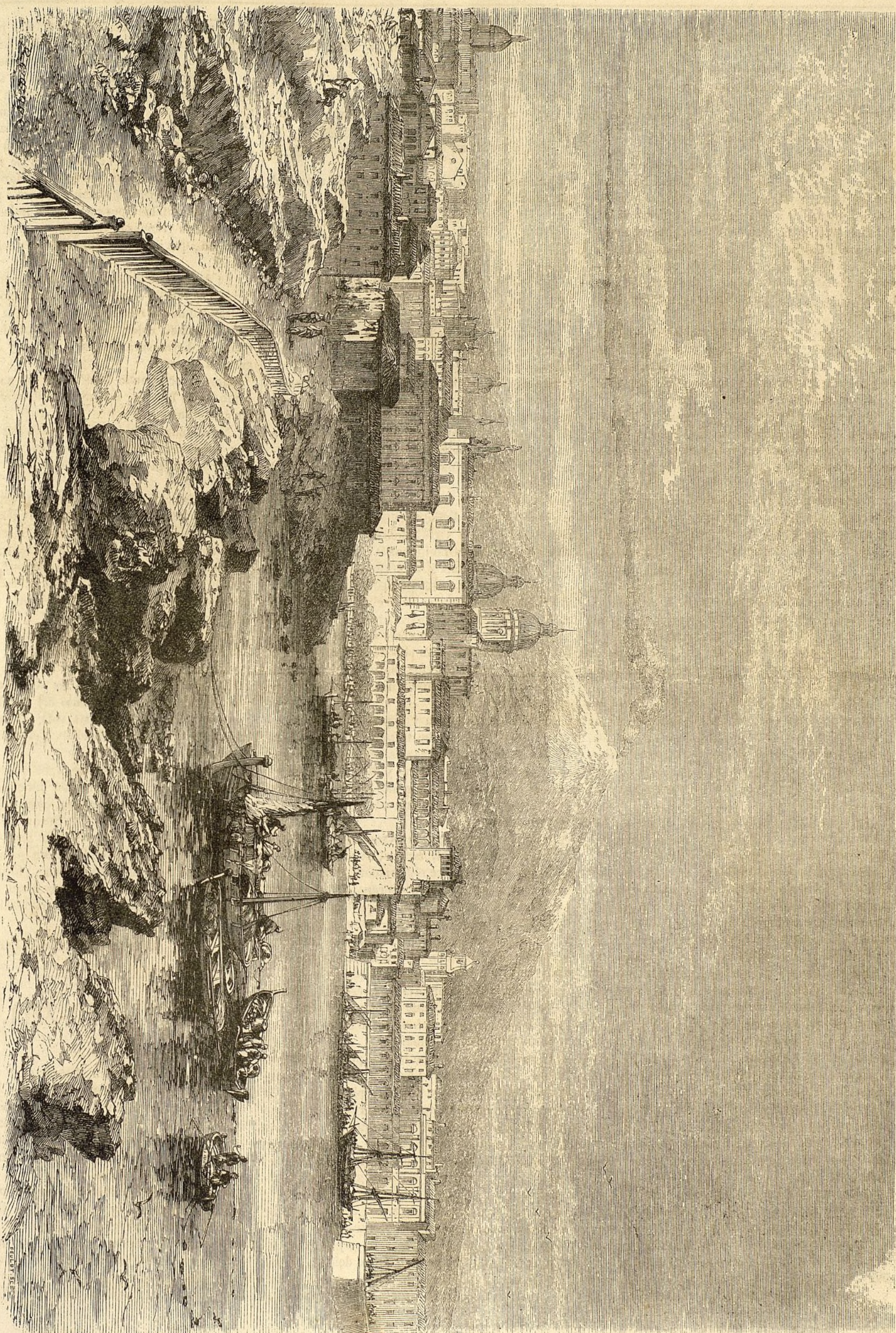
Pueblan las ondas amargas....
¡Muerte! ¡destrucción! ¡espanto!....
¡Triste vanidad que arrastras
Los hombres á inícuas guerras,
Ese es el fruto que alcanzas!
Y entre tanto, que festejos
Dispone Inglaterra ufana,
Y al atrevido almirante
Aplausos sin fin consagra,
El los despojos reuniendo
De su derrotada escuadra,
En precipitada fuga
De aquellas costas se aparta;
Y en vez de la flota inmensa,
Cual palomas desbandadas,
Pocas y deshechas naves
El mar de nuevo surcaban.

Absorto en breve oyó el mundo,
En la trompa de la fama,
El desastroso suceso
De empresa tan temeraria.
Y para hacer mas patente
De Vernon la loca audacia,
Claro, firme testimonio
El pueblo español aun guarda.
El insular desdichado,

Tan cierto el triunfo juzgaba,
Que en su elogio se batieron
Monedas mil de oro y plata.
En el anverso aparece
El con altiva arrogancia,
A sus pies D. Blas de Leso
Presentándole la espada.
Y nécia inscripcion que dice:
«La ardiente soberbia hispana
Por Vernon el almirante
Hoy abatida se halla.»
El reverso, plaza fuerte
Muestra, de buques cercada,
Y dice: «El que á Porto-belo
Venció, nuevo triunfo alcanza.»

De tal suceso cual prueba
Aun existen las medallas,
Que del inglés recordando
La miserable jactancia,
Hacen ver los precipicios
Do la vanidad arrastra,
Y el castigo que mil veces
La ciega soberbia alcanza.

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.



Vista general de Catana.

LOS DOS RECLAMOS.

APÓLOGO.

Dedicado á mi querido amigo el Sr. D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca.

Mi infancia pasó como una rosada aurora. Creció mi cuerpo y se ensanchó mi alma. Entonces hallé mi hogar estrecho, mis costumbres domésticas mezquinas, mi vida monótona y desconocida. Volvíme triste y despegado de todo. Paseaba solitario por la floresta, y entonces pude oír la voz de un pájaro de brillante y vistoso plumaje, que armoniosamente cantaba: «Yo soy el pájaro de la felicidad; sígueme, haz por asirme y retenerme en tu pecho.»

Desde que oí el armonioso canto del pajarito, acabé de perder el apego á cuanto se lo había antes tenido, me hastié de todo lo que me rodeaba, y no pudiendo resistir á la seducción del canto del pajarillo, corrí en su alcance.

Después de haberme fatigado mucho, llegué á cogerlo, é inmensa fue mi alegría. Pero apenas lo tuve en mi poder, cuando se deslustraron sus plumas; su armoniosa voz enmudeció, y á poco murió.

Pero en seguida se me presentó otro pájaro semejante á aquel, y que cantaba de la misma manera: «Yo soy el pájaro de la felicidad, haz por asirme.» Le seguí tropezando y ensangrentando mis pies y manos con los abrojos y espinas de la ágría cuesta, que subía para alcanzarlo. Lo conseguí, pero con este sucedió lo que con el anterior, que, á poco de poseerlo, murió en mi pecho. Mas no escarmenté, y fui siguiendo locamente nuevos pájaros, que todos me prometían la felicidad con su posesión, y que todos sucesivamente murieron cuando los hube.

Al fin llegué á la luminosa cúspide, á que me habían atraído los que se denominaban pájaros de la felicidad, y la hallé árida y llena de abrojos, abrasándome los rayos de un sol ardiente y alto, que todo me envolvía en sus luces, sol parado, que no dejaba lugar á la noche y su descanso; el sol de la publicidad.

¡Aquella era, pues, la altura por la que me había afanado tanto, y que tanto habían ensalzado aquellos brillantes y engañosos pájaros!

Caí rendido y calenturiento, y á poco mi desaliento se tornó en desesperación. Entonces alcé mis abatidos ojos al cielo, clamando por ayuda para salvarme de aquella amarga situación; y, cual si me hubiese comprendido, se acercó á mí un pajarito de poco vistoso plumaje, que no cantaba alto y sonoramente, pero que con suave y apacible gorgo me dijo: «Te abrasas en la calentura que padecen cuantos á esta ardiente cumbre suben. Si quieres sanar, sígueme; soy el pájaro de la paz, que vive en el valle del retiro, á la sombra de palmeras, cedros y encinas, sin que á mí llegue la luz de este sol malévol y dañino, cuyos rayos se adhieren, torturándola como la túnica de Neso, á la persona que á ellos se espone.»

Seguí al pajarito con tanto mas placer, cuanto que la senda por la que me guiaba era una suave pendiente en descenso, y á cada paso mas silenciosa, umbrosa y florida.

Llegamos al término, que era un valle encerrado entre montes vestidos de vegetación poderosa, como un árbol lleno de vida de sus ramas. No había allí sino unas pocas habitaciones de pobres, en medio de las cuales se levantaba una capilla, en la que se ofrecía á Dios el mismo culto que en los suntuosos templos de las capitales, así

como rinde el mismo culto á Dios el mas humilde como el mas elevado corazón humano; el niño, que con sus manos cruzadas le invoca como á padre, y el grande obispo de Hippona, que le adoró y enalteció como á Dios Todopoderoso.

—¿Te agrada mi valle? me preguntó el pajarillo.

—Aquí tendré mi hogar, y se abrirá mi tumba, contesté.

Entonces el pajarillo se instaló en mi seno, del que nunca ha vuelto á ausentarse.

FERNAN CABALLERO.

LAS DELICIAS.

Si la grata amenidad no viniera de cuando en cuando á distraernos, y si la esperanza de otra vida celestial no calmara nuestras aflicciones, seguramente las penas que nos oprimen nos harían insoportable el vivir en este mundo. Náufragos, en medio de un Océano de tribulaciones, sin ver siquiera en lontananza un faro que indique un puerto en donde poder salvarnos, fuéramos víctimas de la mas funesta desesperación. Pero el Supremo Hacedor ha creado para nuestro consuelo la belleza, la cual penetra en nuestra alma, meciéndola en el dulce incentivo del placer, ha creado la fé, cuya virtud sobrenatural nos hace creer en su divina Omnipotencia; nos da la esperanza, y nos estimula á la caridad.

Enjugemos nuestros párpados, bañados por el llanto que el dolor nos ha hecho derramar, y la resignación viene en nuestro auxilio.

La naturaleza que presenta á cada paso, un sin fin de encantos eleva el sentimiento, exalta la fantasía, y hace brotar de ella un copioso raudal de encantadoras imágenes que se convierten en otras tantas delicias.

¿Quién no se inspira y siente grato placer al contemplar en una noche tranquila la bóveda azul del firmamento, tachonada de brillantes estrellas, que sirven de guía segura y fiel al navegante? ¿Quién al rayo melancólico de la luna no atrae placidamente á la memoria el recuerdo de sus primeros amores?

Cuando al amanecer de un sereno día de Mayo, á la orilla de un mar tranquilo, se ve que el sol principia á rayar sobre el horizonte, y se refleja en las aguas plañideras que le cantan mansamente con su arrullo: ¡qué encanto tan halagüeño causa la magestad de aquella sublime estension!

Si se recorre la dilatada campiña que muestra su verde traje bordado de fragantes flores coronadas de gotas de rocío, ó si se penetra del bosque en la arboleda humbría, y se escucha el canto de las tiernas avecillas que saludan al padre de la luz con sus suaves y melodiosos trinos, ¡qué impresión tan grata se recibe!

La tímida gacela, que brinca por el empinado monte; el pavo real y el ave del paraíso, que ostentan sus bellísimos y pintados plumajes por la llanura; la ligera mariposa, que revoloteando, se para de flor en flor, y el cisne, que leve nada por la cristalina estension de un lago, son seres que móviles contribuyen á aumentar las delicias en el paisaje decorado por la sabia voluntad del Omnipotente.

El amante que contempla dos arroyos que se deslizan esmaltando su lecho entretejido de violetas y de nardos, y que mas lejos juntan y confunden sus límpidas corrientes, se deleita, asimilando esta unión á la que le espera con su amada.

Gozan los recientes esposos que, sentados al

pie de una clara fuente, ven al dorado pececillo surgir entre la linfa pura, y se miran retratados en el fondo, prodigándose mutuas caricias.

La jóven madre, que oye balbucear á su tierno hijo las primeras palabras, y que fija en ella su inocente mirada, mostrando la sonrisa en sus cariñosos labios, siente una indecible delicia.

Por todas partes presta la naturaleza objetos para recrearse; pero el alma, ávida de mayores placeres, se vale de sus potencias, y forma artificiosas delicias para aperebirlas por sí ó por medio de los sentidos, porque las naturales no satisfacen á su grandeza. Compone su imaginación la poesía, que es el mas ameno placer del pensamiento.

Se deleita por los sentidos con otras artes. Por la vista se recrea contemplando el hermoso color é idealidad de los cuadros de Murillo, la corrección, valentía, color y dibujo de los de Velázquez, la hermosura de los de Rafael y de otros grandes pintores.

Goza, escuchando la armonía de unas obras como las de Rossini, y la melodía de otras, como las de Bellini.

No obstante de los gratos y naturales aromas que contienen varios vegetales, hace que el arte las mezcle y combine, de cuya operación resultan nuevos olores.

No satisfecha con que el campo produce dulces y sazonados frutos para nutrir el cuerpo y dar gusto al paladar, inventa diferentes guisos.

Queriendo por medio del tacto aperebir mayor finura que la que tienen muchas pieles y plumas de varios animales, discurre la elaboración del marfil y el tegido de seda, formando con estas telas de raso y de terciopelo.

Las artes son una necesidad del alma para deleitarse ella misma, y los sentidos son los conductores de este deleite.

No son bastantes todas las delicias criadas por la naturaleza, y el génio del hombre para gozar continuamente en esta vida; el uso de los placeres embota la sensibilidad, y el espíritu cae involuntariamente en el hastío.

Este portentoso contraste debe precisamente suceder, porque siendo el alma inmortal, no encuentra satisfacción en ninguna cosa que sea perecedera, y aunque engañada busque la felicidad en las cosas de este mundo, no hace mas que dormirse en los brazos de la ilusión para despertarse en los del desengaño. Busque, pues, el alivio de sus penas en las delicias de la tierra, y confíe que hallará el remedio en la gloria del cielo, que es la eterna y verdadera delicia.

ALEJANDRO BUCHACA Y FREIRE.

MARÍA SPEZZIA.

Brillan refulgentes en el puro cielo del arte, dos astros que, remontándose por los ilimitados espacios que circundan el mundo musical, presagian serenos y tranquilos días á los entusiastas adoradores de la divina Euterpe; dos astros que, radiantes de luz, se atraen mutuamente en amoroso deseo, que funden en uno sus clarísimos destellos, que cambian sin envidia sus resplandores, que jamás se eclipsan, y que ávidos de llegar á la meta de la fama, préstanse el uno al otro los rayos de su luz para marchar seguros por un mismo camino y penetrar juntos en el templo de la gloria. Esos astros, unidos por la doble fé del amor y del arte, son *María Spezzia* y *Gottardo Aldighieri*.

Próximo el día en que estos notables artistas deben debutar en nuestro aristocrático coliseo, creemos que los *dilettanti* leerán con interés las siguientes noticias biográficas, que extractamos de la *Scena*, reputado periódico musical que se publica en Trieste.

Maria Spezzia, nació en Villafranca, en el departamento de Verona, de una familia acomodada, especialmente su madre que pertenecía á lo mas noble y distinguido del país. Niña aun, demostraba ya tan decidida inclinación á la música, y tan felices disposiciones, que apenas oía á su padre, entusiasta aficionado, cantar alguna melodía, cuando ella la repetía con singular precisión. Pero apesar de su inclinación y sus felices disposiciones, sin un incidente afortunado, la escena se hubiera visto privada de la hoy brillante artista. Hallábase un día en casa de sus padres el maestro Domingo Foroni, cuando llegó á sus oídos la argentina voz de Marieta, que cantaba la hermosa romanza del Pesarese.

«Assisa appié d'un salicé»

con tal acento, con tal pasión, colorido y gracia, que el célebre maestro se sintió conmovido, y cual si estuviese poseído en aquel momento de un don profético, predijo la suerte que tenía reservada la niña en el mundo del arte. Visto el tesoro que se escondía en el organismo y en la inteligencia de la niña, y que desarrolladas sus fuerzas físicas é intelectuales podría llegar á ser una artista sin rival, pudo el sábio maestro convencer al padre á que dedicase á su hija á la carrera del canto; y hé aquí que á la vuelta de un año, trasladada á Verona y bajo la sábia dirección de su hábil maestro, la pequeña María había hecho tales adelantos, que su simpática voz se plegaba con facilidad venciendo las mayores dificultades de ejecución, y desarrollando su génio con el atrevido vuelo del águila, llegó á alcanzar el primer puesto entre todas las ilustres aficionadas, siendo proclamada reina de los conciertos, en los cuales daba pruebas de su delicado sentimiento, de su sobrenatural expresión y de un entusiasmo que cautivaba á todo sus oyentes. Las familias mas distinguidas de Verona se disputaban á la tierna cantatriz, y no había brillante *soirée* donde no formase ella el mas preciado ornamento. En aquellas fiestas musicales de Terpadri y Filcorei se iniciaron las bellas páginas que tanto esplendor han dado á la vida de esta artista. Sin embargo, á pesar de ser ella el objeto de la general admiración y de verse proclamada en sus tiernos años por maestra en el *bell canto*, no la envanecieron los aplausos, y continuó por dos años mas sus estudios, con aquella aplicación y perseverancia que poco tiempo despues la había de elevar al último grado de la perfección. Solo entonces fue cuando consintió pisar la escena lírica; y el teatro Filarmonico de Verona, presenció su primer triunfo en *Beatrice di Tenda*, que valió á la novel artista ceñir en su frente la primera corona. *La Spezzia*, reunía ya las condiciones necesarias para dominar sobre la escena. Presencia magestuosa, flexibilidad en sus movimientos, fisonomía noble y expresiva, mirada vivaz y penetrante, voz de un timbre sonoro y sin esfuerzo, modulable sin violencia, dulce sin monotonía, expresiva sin adocenamiento, *La Spezzia* dominaba con su persona y su canto, porque poseía las cualidades de una excelente actriz y de una cantante que nunca faltaba á la rigidez de la disciplina musical, que fue el fundamento de su esmerada y brillante educación artística. Estas evidentes cualidades, que hubieran formado el orgullo de cualquiera otra artista, no llenaban, sin embargo, las aspiraciones de *La Spezzia*; conquistar la admiración por el talento, era empresa que

podía y había podido conseguir á fuerza de aplicación; pero ella quería dominar por el entusiasmo, y para ello tenía que registrar los arcanos de un mundo ideal. Y ciertamente que *La Spezzia* ha encontrado el secreto de dominar al público, pues dando salida á un raudal de sentimiento, ha penetrado en los misterios del arte, y como si hubiera conseguido sorprender sus mas ocultos secretos, ha adquirido lo que no puede adquirirse en el estudio, lo que el maestro no sabe enseñar, lo que se siente y no se explica, la intuición de lo bello, el don de crear. Y aun parece que esto no le basta: la actriz-modelo, la perfecta é inteligente artista, estudia sin cesar y con verdadero amor los caracteres de los personajes que se le confían, consulta sus afectos, los compara con los que el autor les ha impreso, y á veces los modifica. Alterando los músculos de la cara, animando sus miradas, expresa toda la pasión que alberga su pecho; y aunque carezca del ausilio de la palabra, del encanto de las notas, ó de la energía del acento, sabe demostrar en sus acciones la verdad de la situación dramática.

Este feliz y maravilloso consorcio de la naturaleza con el arte, valió á *La Spezzia* el abandonar pronto los teatros secundarios para lanzarse en otros principales, donde era llamada para recoger los primeros honores.

A los pocos meses del debut de su carrera, fue ajustada en Venecia, en cuyo teatro ejecutó el *Otello* y la *Norma*, óperas que hacen temblar á los artistas de mayor reputación, pero que dieron tal renombre á la joven prima-donna, que fue llamada con ventajosas proposiciones al teatro Imperial de Petersburgo, donde inició su gran carrera cantando el mismo *Otello* en compañía de artistas de la talla de Tamberlick, Lablache y Ronconi.

Terminada la temporada en Petersburgo, donde su talento fue universalmente admirado, volvió á Italia á recoger uno de los mas esplendentes triunfos que pudo desear artista alguna, uno de esos triunfos que bastan, sino á llenar el noble orgullo humano, al menos á colocar á una artista sobre el grandioso pedestal de la inmortalidad.

La Traviata de Verdi, escrita en 1854 para el teatro Fenice, había alcanzado tal derrota, que se desesperaba de poder realzarla de nuevo, cuando *La Spezzia*, ayudada por Landi y Coletti, tuvo el generoso ardimento de intentar su regeneración en el teatro San Benedetto de la misma ciudad de Venecia. Al ardimento de esta brava artista debe Italia el que no permanezca ignorada una de las obras mas caracterizadas de Verdi, así como él le debe el que no se haya perdido una de las mas románticas producciones de su génio. Desde que principiaron los ensayos al piano, dió pruebas de tan potentes emociones, que transmitiendo, digámoslo así, á sus compañeros el entusiasmo que ella sentía, preparó el éxito, que despues ha alcanzado ese drama de la vida doméstica en su mas repugnante realismo. El empresario y el poeta Piave, se creían trasportados al quinto cielo. Una inmensa concurrencia llenó en la primera representación la sala del San Benedetto, público tanto mas difícil de contentar, cuanto que, habiendo presenciado el fiasco del estreno de la obra, no podía creer en su regeneración. Lejos de esto, esperaba ver confirmado el fallo de muerte que ya había sido ejecutado. Las dificultades con que tenía que luchar la artista, en vez de infundirle miedo, diéronle nuevo vigor, y la infortunada cuanto culpable *Violeta* encontró en el génio de *La Spezzia* su verdadera intérprete. El triunfo fue completo. La artista no creó en este caso un personaje: hizo

mucho mas, pues dió vida á un cadáver, para que desde entonces corriese de triunfo en triunfo todos los teatros de ambos hemisferios. Los goces de los banquetes, la fiebre de los placeres, el amor embriagado con los vapores de la orgía, la lucha entre el pasado y el porvenir, el cruel desengaño de sus locas ilusiones, el noble sacrificio, la desesperación, el hálito glacial de la muerte que se deslizaba en sus venas, el éxtasis del perdón, todo, todo lo sintió la artista y lo comunicó aquella famosa noche al personaje que representaba con sus maneras propias, con su acento, con el grito impetuoso del alma, con las lágrimas de sus ojos, con el gemido de la muerte. *La Spezzia* fue aquella noche memorable como el sol á quien no es posible mirar sin abrasarse los ojos; el público, fascinado y ébrio de entusiasmo, vió en ella un poder superior á la humana naturaleza. ¿Tendremos necesidad de reseñar ahora las demostraciones que se dirigieron á la brava artista? Es inútil: el entusiasmo que produce el verdadero génio, no puede describirse; basta decir que *La Spezzia* ya no fue solo objeto de admiración, mereció y se le consagró un culto. Las calles de Venecia eran un motín, una confusión al paso de la artista, pues todo el mundo anhelaba alcanzar una mirada suya para demostrarle de este modo sus simpatías. Fue tal la especie de idolatría que los venecianos consagraron á *La Spezzia*, que los elegantes salones de la nobleza se cerraron á la tiránica moda de París para adoptar como ley todo cuanto en sus galas pertenecía á la famosa artista.

En el teatro de Oriente de Madrid cantó con singular éxito *Lucía*, *Nabuco*, *María di Rohan*, *Barbiere*, *Luisa Miller*, *Norma* y *Trovatore*, y lo mismo en la corte que en Cádiz, donde despues cantó, obtuvo una serie no interrumpida de ovaciones.

Desde España pasó á renovar sus triunfos al teatro de San Carlos de Lisboa, trasladándose despues á la Scala de Milan, donde cantó *Los Ugonotes*, manteniéndose siempre á la altura de su reputación.

Tambien la sobervia Albion albergó dentro de sus muros á la heroína del teatro italiano, cantando el *Don Juan* y *Favorita*, mereciendo la honra de ser contratada por tres temporadas sucesivas, circunstancia que nos ahorra el trabajo de referir los triunfos que conquistó en la populosa capital de Inglaterra.

De allí pasó á Barcelona, y luego al San Carlos de Nápoles, y ciertamente que no es poco satisfactorio para la artista el haber sido confirmada tambien por tres temporadas sucesivas en este último teatro; baste decir que aquel es el público mas difícil de contentar de todos los teatros de Italia.

De Nápoles se trasladó á la capital de Sicilia, y desde allí á París, volviendo luego á Madrid, donde cantó nuevamente en dos estaciones sucesivas.

Pocas ó ninguna artista cuenta con un repertorio mas numeroso y variado. Rossini, Bellini, Donicetti, Verdi, Meyerbeer no tienen secretos para ella, y el canto *fiorito*, en el de sentimiento y en el dramático, tal vez no tenga rival por poseerlos todos á la par, cosa bastante estraña en esta época que tanto deslumbra el falso brillo del oropel.

Es sócia honoraria de muchas sociedades filarmónicas de España y de Italia. Posee magníficos presentes de la alta aristocracia, y hasta de personas reales, entre ellas de nuestra bondadosa Reina doña Isabel II y del emperador Nicolás de Rusia. La empresa de los Campos Eliseos de Madrid le regaló un brazalete de brillantes con la siguiente inscripción: «A la sublime Margherita (del Faust)

Maria Spezzia, l'empresa de los Campos Elíseos. Recuerdo de gratitud.»

El mayor de los presentes que ha recibido, es sin duda el busto en mármol que á su memoria se ha erigido en el teatro de Verona, honor que pocas artistas suelen alcanzar en vida. Aquel recuerdo es por lo demás muy justo, toda vez que en dicho teatro fue donde se formó, digámoslo así, esta artista; y al honrar la patria á su hija predilecta, hónrase también ella á sí misma.

Terminamos estas líneas consignando que en 1860, la simpática *Maria Spezzia* contrajo matrimonio con *Gottardo Aldighieri*, llamando en Italia el rey de los barítonos, realizándose de este modo, al propio tiempo que la union de dos corazones que se aman con el mas puro afecto, el enlace de dos géneos que caminan con la fe mas firme y decidida por el escabroso camino del arte.

L. C.

TEATRO PRINCIPAL.

DEBUT DE LA SRA. SPEZZIA Y EL SR. ALDIGHIERI.

Grata en extremo es nuestra mision, cuando tenemos que dar cuenta á nuestros lectores de algun acontecimiento digno de ocupar su atencion.

Ante todo, justo es que tributemos nuestro elogio en favor del Sr. D. Pedro del Diestro, galante empresario de nuestros teatros, por lo mucho que aun, á costa de sus intereses, procura complacer al público que diariamente acude al teatro Principal, presentando en escena á los artistas que hoy figuran en la cortísima lista de los de más reputacion. Unimos nuestro parabien al de los muchos abonados que se han acercado al Sr. Diestro á demostrarle su complacencia.

La primera ópera que se ha puesto en escena con gran aparato ha sido *Giuditta*.

La Sra. Spezzia es una consumada actriz, y reúne condiciones de canto especiales, que no hemos oido á otras artistas, y que logran arrancar merecidos aplausos; su voz, aunque no de gran estension, es agradable y en extremo expresiva.

El Sr. Aldighieri, calificado con justicia de primer barítono de Europa, es un artista que cuantos elogios se le tributen son pálidos.

Los nutridos y prolongados aplausos con que se le recibió, y las entusiastas muestras de aprecio que se le prodigaron, es el mas cumplido elogio que de este artista puede hacerse.

Toda la prensa de esta capital se ha ocupado con particular predileccion de este cantante, y en toda ella encontramos las mas lisonjeras frases.

Si grande y entusiasta fue la ovacion que recibió la noche de su debut, sobrepujo en la segunda, especialmente al terminar el brándis del tercer acto.

Muchos y muy buenos artistas han pisado la escena de nuestros teatros; pero no recordamos que á ninguno se hayan prodigado tanto los aplausos, ni hayan recibido los honores de la escena con tanto entusiasmo como á estos dos esposos.

Desde nuestra redaccion les mandamos los mas cumplidos plácemes, y esperamos verles en otras óperas en compañía del bajo Sr. Selva.

G. FLORES.

LA GRANJA DEL AMOR.

(Conclusion.)

XIII.

Los usos y costumbres ejercen tal tiranía en la sociedad, y sobre todo en los pueblos y aldeas, que son pocas, ó mejor ningunas, las personas que prescindan de ellos, y dejen de atemperar su conducta á cuanto reclaman y exigen. Buen ejemplo de esto nos lo ofrecen los dueños de la Granja del Amor. La madre, sobre todo, que desde el primer momento habia aprobado la eleccion de su hijo, temia lo que habian de decir los demás, y se quejaba á los jóvenes de que no pudiera hacerse todo como era costumbre en el país.

—Habeis obrado los dos como unas cabezas ligeras, tú no debias haber venido con él á casa, sino haberte quedado en alguna otra, hasta que te hubiéramos ido á buscar para la boda. Esto es lo que se acostumbra, si pudiera alejarte de aquí, ó alejar de aquí á Pablo.... mas bien pronto callaba oyendo á los dos novios que replicaban.

—¿Hemos hecho alguna mala accion, pueden por ventura acusarnos de algo? y despues que no todos están en igual caso. Nuestra boda es una especie de milagro, y no debe sujetarse á las reglas comunes.

—No te olvides, sin embargo, mi querido Pablo, que has de vivir con estas gentes, y debes respetar sus usos.

—No paseis cuidado alguno, cuantos vean á mi Anita, la querrán bien pronto, es tan buena.... como que reúne todas las cualidades, que tanto me encargasteis que buscara en la que hubiera de ser mi mujer.

Llegado el domingo, los ancianos no dejaban de manifestar alguna inquietud, porque si bien habian acogido con júbilo á Anita, y la querian ya como hija ¿qué dirian la familia y los amigos del país al saber que la prometida de su hijo no habia venido ni acompañada de numerosos parientes, ni con gran tren? ¿qué pensarían de una joven traída por el mismo Pablo á casa de sus padres?

Una multitud de gentes acudió á la Granja del Amor, desde bien de mañana aquel dia, y todos se hallaban reunidos en la sala principal; las mujeres cuchicheaban entre sí, llamaban á sus maridos, y todos se prometían observar bien cuanto vieran y dejaran de ver en la joven prometida: maliciosas risas se oían por todas partes, hasta que al fin se presentó Anita sencillamente vestida, con un ramo de violetas en el pecho, radiante de hermosura, y mas aun de modestia y de candor, llevando con su desembarazo y gracia natural una bandeja con algunos dulces y pastas hechas por ella, una botella de licor rojo como sus mejillas, y algunas copas, puso todo sobre una mesa, que habia cubierto antes con un blanquísimo mantel, llenó las copas, y con su dulce voz sin afectacion, les dijo:

—Los dueños de la casa quieren que sea yo la que os dé la bienvenida, tomad, pues, y bebed.

—No tenemos costumbre de tomar nada por la mañana, dijo con tono sentimental y voz de falsete un hombre flaquísimo, y de larga estatura, cuyas narices parecían el pico de una cigüeña, y que se entretenía constantemente en mostrar sus aplastados pies.

—No beremos nunca, añadió una solterona, cuyas gracias consumidas en la coquetería habian llegado á su ocaso.

El sensible corazón de Anita no dejó de sentir aquella falta de atencion; pero solo demostró su pena con una mirada de soberano desprecio para los que así se habian expresado.

El dueño de la Granja supo vencer bien pronto todas las prevenciones, y cambiar todos los ánimos, tocando el punto de la dificultad.

—No podreis fácilmente imaginaros el tesoro de gracia y virtud, que reúne mi futura hija, y lo que sobre todo os llamará la atencion, es, que haya podido á fuerza de economía ahorrar una buena cantidad.

Todos quedaron asombrados cuando despues de decir esto, el anciano vació sobre la mesa el contenido en buenas monedas de oro y plata de un saco, que tenia el nombre de Anita, que no se atrevia á levantar los ojos del suelo. Cuando supieron que Anita traía una buena dote todos se apresuraron á saludarla, y halagarla, protestando sobre todo el de la voz de falsete, que por su parte desde el primer momento les habia parecido muy bien; pero que tal ó cual era el que murmuraba de ella, y que era evidente que aunque solo tuviera su figura, Pablo seria muy feliz casándose con ella. Todos se apresuraron de igual suerte al despedirse, y regresar á sus casas por la tarde.

Algunos dias despues se celebraba la boda de Anita y Pablo con gran solemnidad, y cuenta la crónica de aquellos sitios, que los novios bailaron con suma destreza y gracia, sobre todo, cierto wals, que les recordaba su primera entrevista, y que todos los asistentes se hacían lenguas de la hermosura, del candor y del talento de la novia, y se maravillaban del buen juicio demostrado en su eleccion por Pablo, que hoy es el mas feliz propietario de la Granja del Amor.

Valencia, Febrero 1866.

PEDRO MORENO VILLENA.

PENSAMIENTOS Y MÁXIMAS.

¿Quién no ha sentido alguna pasión devoradora?

El corazón de cada hombre es una tumba que encierra algun secreto amargo.

Los amores ilegítimos llevan en sí mismos su tortura; la paz y la tranquilidad huyen del seno de las pasiones subrepticias; la separacion constante de lo que amamos, y el sobresalto continuo, acompañan á estos amores.

Nos queda una hija; nos queda ese cariñoso recuerdo de las horas felices que pasaron para no volver jamás; nos queda ese retoño del árbol frondoso de nuestro cariño; plantémosle en tierra fértil para que crezca en lozanía, antes que nos derribe la hacha implacable de ese leñador sin corazón que se llama tiempo.

Padecía esa enfermedad del espíritu que se llama fastidio, enfermedad de ricos y de vagos.

La cólera no favorece á la razon.

Del perjurio al adulterio no hay mas que un paso.

JACINTO LABAILA.

PROPIETARIO: D. G. F.

Editor responsable: *Pedro Mesonero*.

Imprenta de *El Avisador*, á cargo de J. Peidro.